

# SIMONE



SIMONE

Eduardo Lalo

Fórcola/Ficciones

## Fórcola/Ficciones

Director de colección: Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: *Madonna Inn*, fotografía de Jael Levi, 2016.

© Ediciones Corregidor, 2011

© Eduardo Lalo, 2016

© Del prólogo, Elsa Noya, 2011

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-37432-2016

ISBN: 978-84-16247-79-0

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

La novela *Simone*, del escritor puertorriqueño Eduardo Lalo, recibió en 2013 el XVIII Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Venezuela, por medio del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). Formaron el jurado el escritor argentino Ricardo Piglia y los críticos Juan Duchesne, de Puerto Rico, y Luis Duno-Gottberg, de Venezuela.

*A Grisell*

...no hay deseo más grande que aquel  
del herido por otra herida

GEORGES BATAILLE, *Le coupable*

Habla con su propia palabra  
sólo la herida.

ANTONIO PORCHIA, *Voces*

## PRÓLOGO

Elsa Noya

Eduardo Lalo es poeta, narrador, ensayista, profesor universitario y artista plástico puertorriqueño. Esta edición de su última novela abriendo la colección Archipiélago Caribe es un hecho de celebrar. No sólo como proyecto editorial frente a la ausencia en nuestras librerías de producciones literarias del Caribe, en este caso puertorriqueñas, tradición literaria nacional desconocida fuera de nuestro ámbito académico, sino también por la calidad del texto que se presenta, acorde con la trayectoria intelectual del autor.

Lalo construye sus relatos y ensayos sobre el tema de la ciudad. Trátese de París, Nueva York, Madrid o la siempre presente San Juan, será un espacio sitiado por una mirada de extranjería auto-centrada y sobre el que lleva publicados no pocos y siempre más que interesantes textos: *La isla silente* (2002) recoge sus tres primeros libros: *En el Burger King de la Calle San Francisco* (1986), testimonio ensayístico; *Libro de textos* (1992), colección de cuentos, poemas y monólogos dramáticos premiado por el Pen Club, y *Ciudades e Islas* (1995), relatos que incluyen una novela breve, *In Memoriam*. En 2004 se publica su segunda novela, *La inutilidad*, luego de la publicación de *Los pies de San Juan* en 2002 y antes de *donde*, en 2005, dos textos que pueden ser catalogados como libros de artista y que abren una serie: son cuidadas ediciones, de gran belleza visual y de mixtura de géneros que transitan el ensamblaje de imagen y texto en fotos, relatos y ensayos literarios y fotográficos, reflexionando sobre espacios urbanos y las escrituras que contienen y los expresan. En 2008, publica *Los países invisibles*<sup>1</sup>, un desplazamiento narrativo y filosófico por algunas ciudades de Europa, por San

---

<sup>1</sup> *Los países invisibles*. Madrid, Fórcola, 2016.

Juan y por textos evocados en el transcurso, combinando crónica, diario de viaje y reflexiones teóricas; recibe en España el Premio de Ensayo Juan Gil-Albert-Ciutat de Valencia 2006.

En línea con las preocupaciones de los textos anteriores, publica en 2010 *El deseo del lápiz. Castigo, urbanismo, escritura*, ensayo y fotografías de dibujos y escrituras realizados por los presos en las paredes de las celdas del ex complejo carcelario de San Juan conocido como el Oso Blanco. A partir de la dramaticidad narrativa de esos restos gráficos, Lalo bucea en la relación encierro y escritura como forma de libertad.

Asimismo, su obra plástica, realizada en diversos medios o soportes (pintura, escultura, instalación, fotografía, video), ha sido expuesta en múltiples exposiciones individuales y colectivas.

En cuanto a sus narraciones, si bien encaran sus conflictos en el escenario vivo de la ciudad, lo hacen alejadas de la tipicidad celebratoria de *lo caribeño*. Mientras en *La inutilidad*, la narración se expandía en la desolación introspectiva del desarraigo que provocaba en un posgraduado los desplazamientos entre París y San Juan, en *Simone*, Lalo apuesta duro en su convicción de que toda literatura es exploración de la condición humana. Da cuenta de ello ahondando la inmersión del narrador en el recorrido urbano sanjuanero, sumergiéndonos pausadamente en el universo atrapante de enigmas a los que se enfrenta la subjetividad de ese narrador, en íntima relación con los senderos de interrogantes que la ciudad de San Juan le arroja en su deambular. Condición humana en la ciudad y subjetividad narrativa de un innominado en el que imágenes, pensamientos, palabras oídas, relatos se despliegan en el rumiado malestar del que la recorre, la mira, la escucha, la anota y la transforma en escritura de supervivencia.

El narrador de *Simone* puede comprobar que la ciudad contiene *la vida a secas*, pero, como ya se anunciaba en el final de *In memoriam*, la ciudad demuestra que también contiene la totalidad del mundo y con él la propia vida. Aún cuando las líneas rectas de la planeada ciudad no se correspondan con el laberinto de la vida humana, la palpable intimidad entre ciudad y vida, abona el

corpóreo entramado de ciudad y escritura, eje que atraviesa la novela, en-marcando con *la tinta de la escritura* una fuerte historia de amor.

Reacias a encasillamientos genéricos convencionales, las escrituras de Eduardo Lalo y en especial sus novelas suelen desacomodar la lábil frontera entre historia, autobiografía y ficción al tiempo que conjugan diversas matrices narrativas y preocupaciones temáticas; en el caso de *Simone*, el autor disemina paulatinamente tres núcleos de relato que conteniéndose en caja china, se irán desplegando y relacionando estrechamente.

Un primer núcleo sería el que recoge los solitarios pasos del narrador por calles y sitios de la ciudad, sus impresiones de una realidad urbana que se registra y detalla en tiempo y lugar específico en breves fragmentos de escritura. La dinámica de la fragmentariedad, *habla de archipiélago* como la pensara Blanchot, actúa por acumulación aún entre fragmentos aparentemente inconexos pero que van dando el pulso de una crónica urbana, que tiene de crónica su básica mirada sobre el acontecer de la calle y de sus lugares de reunión pero que se aleja de la escritura de la crónica en su intenso tono personal, su asombro desengañado ante la idiotez humana y su vertiginosa visualización de imágenes de personas y situaciones. Brevísimos e intensos relatos en donde el mundo entra y se detiene en morosa fugacidad, condensando en un instante el palpitar de complejos mundos culturales. Por ejemplo, el episodio del intercambio entre el inmigrante cubano y el puertorriqueño sobre una ciudad con vacas o sin ellas registra una pequeña escena suburbana en la que resuena irónicamente un histórico desafío comparativo, no solo entre las ciudades de La Habana y San Juan, sino entre proyectos nacionales y culturales dentro del espectro caribeño; en la ganadora y escueta respuesta del cubano, que alardea provenir de una ciudad sin vacas, repta, como bien escribe el narrador, *una Habana que se concibe como mito de progreso y modernidad que la historia ha cegado*.

Lo fragmentario trabaja así el sentido desde la instantaneidad de imagen, palabra y espacio, tanto el urbano como el de la página. En ese escenario, la mirada sobre los personajes que se enfocan puede

tanto cabalgar sobre inteligente ironía nada exenta de humor, como exudar el desdén de un cinismo seco, bordeando la sordidez de un Arlt pero más doloroso en la contemplación del *aura necia* con que se percibe el actuar urbano frente al lugar común.

Un segundo núcleo narrativo se irá desplegando a contrapelo de la percepción palesiana del narrador de que en esa ciudad *cueva* nunca pasa nada, cuando un día la chata realidad se contradice y ofrece un juego inquietante de seducción intelectual en sucesivas entregas anónimas, en las que las citas literarias rastreadas del universo del sentido son primero pistas en la cartografía de la ciudad, luego sintagma apropiado, mensaje de significación justa que crea redes de afinidad y encantamiento desesperanzado, anudando conocimiento, pasión y sufrimiento en la búsqueda de identidad sexual, cultural e intelectual. En ese fragor de ansias en las que se pone la vida, narración y narrador van descubriendo los claroscuros del soterrado mundo de la inmigración china en la ciudad como un espacio cultural ocluido a la palabra; la *invisibilidad china en un país invisible* para la tarjeta postal e *invivable* fuera de ella.

Entremezclado, además, en la instantaneidad fragmentaria y en el combate por la identidad de los cuerpos, se va filtrando en la subjetividad del narrador un tercer núcleo de preocupación que pone en escena la continua pregunta sobre la condición de la escritura, su necesidad inútil e ineludible, tanto como gesto primario de supervivencia y libertad, como pudo haber sido la de los presos del Oso Blanco, como así también la pregunta de un narrador intelectual que indaga en su propia condición de serlo en lo que se vive como los márgenes incompletos del mundo, que dialoga con pensamientos caros de la contemporaneidad occidental al tiempo que escupe su anti-intelectualismo en ácida crítica a la propia profesión de escritor, a la crítica, a la academia, y a las convenciones burocráticas en que se mueven los pares en el medio de intereses literarios institucionales y canónicos, nacionales y extranjeros.

Pero además de lo atractivo de la historia de la novela, que va respondiendo a tensiones y expectativas de lectura bien construidas, descifrando laberintos de personajes y de historias pasadas y presentes, es de señalar la riqueza formal del texto y me refiero

no sólo a la prosa en sí misma, presencia significativa en la mayoría de los textos de Lalo, sino a algo que la sobrepasa, que emerge del texto como envolvente atmósfera de lectura y que seguramente tiene que ver con la misma condición de artista plástico e intelectual del autor, me refiero a los procedimientos de construcción del texto como magma metafórico de escritura e imagen, en un doble juego, es decir, de escritura como grafía que construye imagen urbana en el caso del narrador y de imagen que es en realidad escritura oculta a descubrir, en los dibujos cifrados de Li. Potente entramado de imágenes que derridianamente otorgan al texto una densidad escrituraria arquitectónica en consonancia con la densidad corpórea de la ciudad de San Juan que se atraviesa y se representa calle a calle en búsqueda de sentidos subyacentes a palabras y gestos.

SIMONE

Eduardo Lalo

Escribir. ¿Me queda otra opción en este mundo en que tanto estará siempre lejos de mí? Pero aun así sigo vivo y soy incontenible y no importa que esté condenado a las esquinas, a las gavetas, a la inexistencia.

Pensar desde la nada, desde este *nada* pasa, desde aquí. Y lo digo con la euforia del que ha perdido la esperanza y sigue y pervive. Escribir sin salidas, desde cualquier sitio, en esta ciudad opaca por ejemplo, sabiendo que esta actividad resulta incomprensible para mis vecinos y que de cualquier manera, estas páginas no llegarán a ellos. Escribir desde un final que no dejará de ser, que acaso no haya sido otra cosa que final. Tantos hombres y mujeres han creído posible cambiar la historia cuando no han hecho más que padecerla; o mejor sería decir, soportar su barrio, su familia, su mujer, a sí mismos. He sabido aguantar sin derrumbarme. Poco más he sabido hacer. Para esto sirve escribir o leer y a eso he dedicado casi toda la vida. A veces, he conocido algo parecido a la gracia.

Otra mañana de domingo. La calle tranquila, los gritos de unos niños, un breve viento arrastrando hojas por el pavimento. Este es el día de descanso sin descanso. Benditos los pájaros que cantan como cualquier día, es decir, sin esperanzas.

La mayor parte de las depresiones están formadas por sentimientos de mercado. Los puedo llamar así, tengo razones y amplia experiencia. Las emociones que se experimentan parecen salir de una línea de ensamblaje y conseguirse en cualquier sitio. Su distribución es masiva. Como tantas otras cosas que se venden y compran, son

imitación de algo. Existen porque ante ciertos acontecimientos se adoptan ciertos modos de ser y sentir. Poco más.

Pero hay depresiones que no despiertan emociones y que ni siquiera, por eso, merecen ese nombre. Son lo que queda después del tiempo y tantas cosas que se han perdido o no se tendrán, sabiendo que al final no hay nada que esperar salvo esto: esta mañana de domingo.

En el fondo, aunque resulte descarnado, me alivia pensar así.

Un cuaderno. Esta libreta, la número x de mi vida, que compré en una insulsa librería de un centro comercial igualmente insulso (ir a una librería y salir con un volumen de páginas en blanco es una metáfora y además una forma de dolor y aburrimiento), de sorprendentemente buen papel, sólo quizá demasiado gruesa para apoyar la mano que escribe. En estas páginas, hago la bitácora del paso del tiempo, con el propósito de que sea una herramienta para vivir lo mejor posible, para llegar a otro día, a otro año, con algo de sanidad y placer. Antes pensaba que luchaba, en los cuadernos que han antecedido a éste y yacen por las esquinas o las estanterías de mi casa, contra la sociedad que me ha tocado, contra la ciudad, contra la insoportable sucesión de colegios en las que me gané la vida hasta conseguir un trabajo renovable anualmente (pero que puede ser revocado cualquier fin de semestre) en la universidad. (Y me sentía avergonzado por esta lucha, como si hubiese algo inconfesablemente sucio y defectuoso en ella.) Sin embargo, ahora sé que luchar y escribir es lo mismo, haya o no haya algo contra lo cual hacerlo. No aguardo nada importante, ni tregua ni triunfos. Éste es mi lugar en el mundo, eso es todo.

Diego me contó, que sólo cuando logró vivir lejos, conoció la belleza. No se refería a la belleza del paisaje o de los cuerpos. Tuvo que esperar hasta entrada la juventud para salir del país. Entonces se dio cuenta de la infamia que había vivido. Recordaba los años pasados en el patio de la escuela, entre los gritos de sus compañeros, bajo el sol del mediodía, en el polvo seco y espeso que dejaban tras de sí sus carreras. Rememoraba obsesionado la inconsecuente

buena voluntad de las maestras, la presión creciente de la hora de clase y el programa de estudios que lo hizo despreciar por años lo que tuvo que aprender. Y luego, como si fuera una historia sin fin, la campana que liberaba por la jornada, la estampida y los empujones de los niños hasta la fuente de agua, los juegos que se iban haciendo más y más crueles, la espera interminable del autobús. Entonces, una hora después, su llegada, sucio y agotado al hogar, en una ciudad sin horizontes, sin nada que hacer para un muchacho, sino deambular sin rumbo y tirar piedras a los postes, a las casas de los vecinos, a los lagartijos, a los niños de la próxima calle. Diego decía, y en sus palabras pervivía todavía la furia, que tuvo que esperar más de veinte años para darse cuenta de que la belleza existía y podía encontrarse en un gesto, una mirada, un salto o un libro. Aunque había tenido la fortuna de descubrirla, lo que ya era un don, nunca había logrado librarse de ese patio de escuela, esos maestros, esos compañeros de clase y juego. Estaba obligado a convivir indefinidamente con ellos y descubrió, ya mayor, que era un desgraciado. Para eso le había servido el descubrimiento de la belleza.

En la siesta he vuelto a tener el sueño. Estoy en un espacio subterráneo del que, al final de una serie de escenas en apariencia inconexas, pugno por salir. Esta vez tenía que ascender una pendiente enorme, en lo que parecía una estación de metro o la vieja entrada a las salas de embarque del aeropuerto de San Juan. Pero no podía hacerlo, era demasiado grande el esfuerzo y mis pies parecían estar pegados al suelo. Miraba hacia atrás (como ocurre siempre en el sueño) procurando comunicarme con otro personaje (una mujer casi siempre) pero no la encontraba o mi llamado no llegaba a ella.

Resulta curiosa esta trampa subterránea de la que no puedo partir. Pareciera que es imposible separarme de una tierra, y que el viaje y el vínculo con otro ser humano son imposibles. El ambiente subterráneo –una tumba o una trampa– es un énfasis que raya en la redundancia. El recinto tiene la misma iluminación de un centro comercial. Es, por tanto, una cueva hecha con los materiales más innobles. ¿No es ese recinto imposible de abandonar la imagen mía en esta ciudad?